

EL PASTORCILLO DE MARMOLEJO ⁽¹⁾

Por Manuel JIMENEZ QUILES
DIRECTOR GENERAL DE PRENSA

*A*l encontrarme aquí, ante vosotros y con vosotros, no puedo menos de confesaros algo que siento siempre que vengo a vuestra tierra, nada más pasar el puerto de Despeñaperros, y que me acompaña luego, en mis viajes, una vez que cruzo vuestro «Santo Reino», como aún llamais a la imponente y fecunda majestad, a la variedad gustosa y acogedora del paisaje jiennense. Nada más pisar vuestra tierra asocio y recuerdo nombres de vuestras ciudades, bellos entre los muy bellos de la geografía española,

«nombres de cuerpo entero»

que diría Unamuno,

«libres, propios, los de nómina,
el tuétano intraductible
de nuestra lengua española».

Dejadme decirlos, repetirlos y casi rezarlos, para entrañarme más y mejor, en este momento, con la motivación y el sentimiento que aquí nos trae y nos congrega, para el que me habeis hecho el honor de reclamar mi presencia: es un rosario de nombres únicos, que fija mejor las peculiaridades de vuestro paisaje. Nada más llegar a Santa

(1) Discurso pronunciado en la Fiesta de la Poesía organizada por el Instituto de Estudios Giennenses en Marmolejo.

Elena surgen, aparecen ante mí, se dicen y se repiten: Montizón, Chiclana, Orcera, Villacarrillo, Cazorla, Quesada, Huelma, Mancha Real, Pegalajar, Martos, Torredonjimeno, Villardompardo, Lopera, y Arjonilla, Linares y Bailén, Torreblascopedro, Ubeda y Baeza, que siempre nos obligan a asociar la melancolía con que Antonio Machado repitiera,

«Campo de Baeza
soñaré contigo,
cuando no te vea»

y Andújar, con el fondo señero y luminoso de la belleza difícil de entender de la Sierra Morena donde se levanta el alto otero de Nuestra Señora la Virgen de la Cabeza, y para la rinconada, casi fronteriza ya con Córdoba, de este encajado Marmolejo, escenario del hecho tierno, hermoso y ejemplar, cuyo estremecimiento humano sacudió la actualidad de un mundo profundamente necesitado, ávido y menesteroso de noticias tan verdaderas y yo diría que nutritivas, enriquecedoras como ésta que se dió desde esta tierra.

Era —ha sido, evoquémoslo— uno de los momentos más dolorosos de vuestra vida comunitaria, cuando vuestros rios hermanos, el Jándula y el Yeguas, el Saladillo, el Guadalimar o el Guadalén, o el Guadalmena, rebasaron el ceñidor del cauce, por romper alguna vez, como buenos españoles, la costumbre de morir sumisa y puntualmente en el materno Guadalquivir, cuyas aguas van a dar a la mar, nó como van a dar a la mar otros ríos, porque el Guadalquivir lleva romances y viejas leyendas, sonoros endecasílabos y extraños y también dolorosos tributos, como el que acaso quisieron o tendrían que darle esta vez vuestros rios hermanos por como fue hallado Francisco Ramiro Lara Calzadilla, patéticamente abrazado a un cordero que habría de llevarse la riada.

En ese día sin duda ocurrieron muchas cosas en el mundo. Muchas y trascendentes. También sucedían graves hechos en esta tierra española. La furia desatada de las aguas anegaba las fértiles tierras andaluzas y sembraba la miseria y la ruina. Por toda la geografía de la Patria la tragedia andaluza consternaba a las gentes. Aquí, muchos

hogares fueron arrasados y los ríos arrastraban las humildes riquezas de los pobres: el lebrillo, las gallinas, los modestos pucheros, las escasas mantas, el colchón de borra, el retrato de bodas, la foto de los padres, del hijo o del hermano que murió en la guerra, del novio que se afana por ahorrar para el ajuar en tierras extrañas en Alemania o en Bélgica... Todo esto sucedía y hubo luto y dolor en miles de hogares. Pero ese día desde esta tierra de España una noticia escueta llegaba por los teletipos a las redacciones: abrazado a un corderillo, por salvarlo, un zagal había perecido arrastrado por las aguas. Es seguro que en las redacciones de París, de Londres o de Estocolmo, la noticia si llegó fue al cesto de los papeles. De España se desea siempre otra clase de noticias. Esta era demasiado pura, excesivamente ejemplar, española mil por cien para ser dada como proveniente de España.

Pero el hecho fue así, escueto y grandioso a un tiempo, y cuando uno llega a esta tierra, y dice estremecidamente, vuestros nombres libres, sonoros, propios, de nómina, irrepetibles y únicos, y pisa esta tierra acogedora y brava, maternal, huidiza y fecunda, y hermosa, llena de melancolía, y femenina, o, si quereis mejor, andaluza, esto es *morena*, la hazaña famosa del pastorcillo de Marmolejo tiene, por sobre su heroica belleza humana, no sé qué implicación cósmica que a mí, hombre de Castilla, me estremece hasta el punto de confesarme incapaz de glosarla.

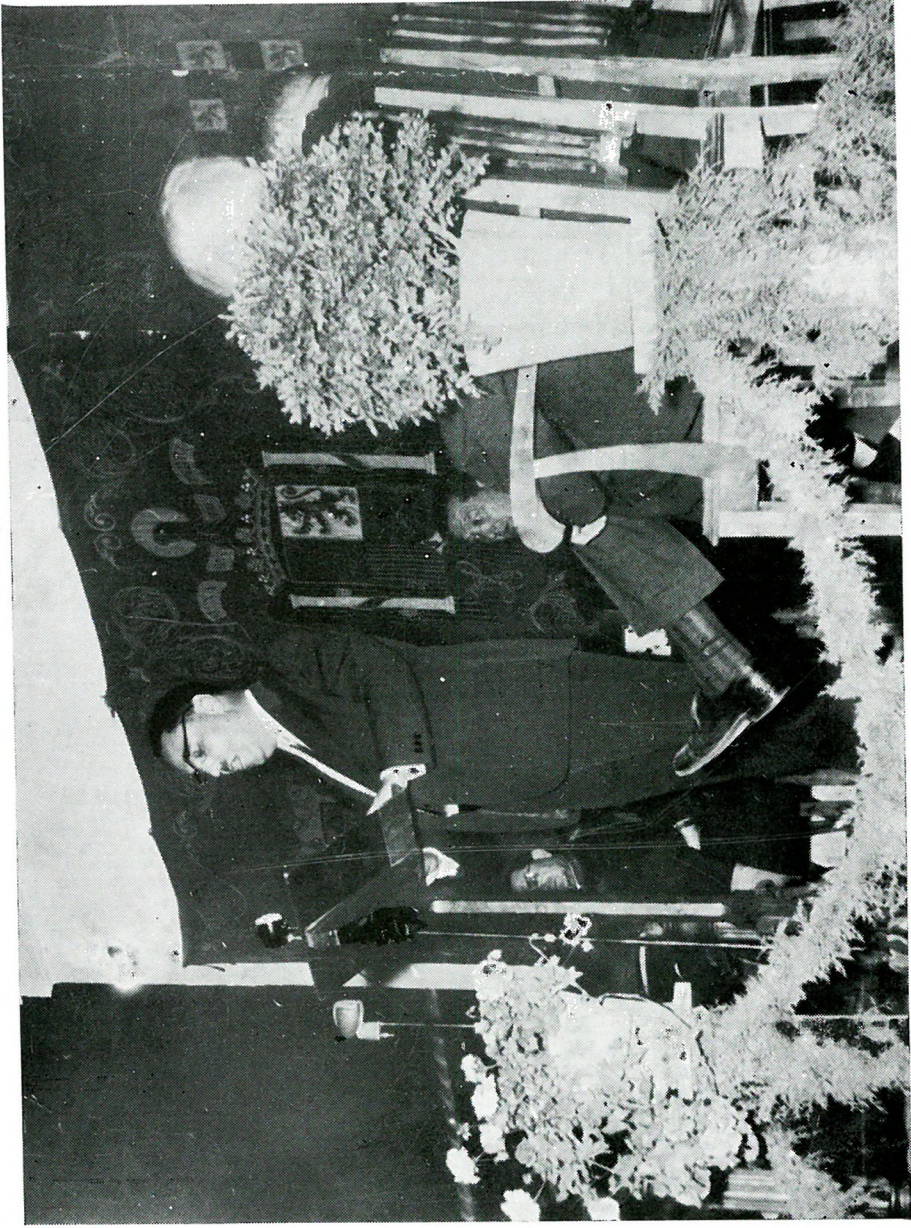
Yo comprendo, porque conozco y amo entrañablemente esta tierra, que a un hecho como el que conmemorais le otorgueis toda la trascendencia que, en verdad, tiene y que, para fijar su ejemplaridad, acudais al único método de perpetuar lo que, por sí mismo, es ya imperecedero y participable, que es la Poesía, porque bien sabeis vosotros que, todo lo que permanece lo fundan los poetas, y Andalucía es crisol y síntesis de cultura, de cultura trascendida hasta el misterio, que eso es la Poesía, y eso es Andalucía, geografía receptiva y creadora, paridera de asombros y unidad, síntesis cristiana de Europa. Sólo ella, en Europa, ha recogido y fundido todas las culturas para ordenarlas en la síntesis trascendente de lo cristiano.

He aquí por qué sin duda habeis convocado esta fiesta.

Nunca, que yo sepa, una hazaña como la del pastor giennense, Francisco Ramiro Lara Calzadilla, ha sido tema de juegos florales, porque los «Juegos Florales» las Fiestas de la Poesía han tenido y tienen siempre su temática y propia característica; pero esta humanización de que le impregnáis ahora, modifica, en cierto modo, la tradición, —lo que bien podeis hacer, porque no en vano tradición sois vosotros— al enriquecer la temática de los «Juegos» con una nueva forma de humanización, que es darles permanencia, con una noticia en verdad dramática y profundamente bella, por el gesto humano y heroico que entraña, y nueva, indudablemente, en la vieja tradición de los Juegos Florales, de las Fiestas poéticas.

Los torneos literarios o justas poéticas medievales se inician, si, como preludeo renacentista y, por tanto, con alguna raíz clásica, romana sobre todo, que ha de tener también su cruce árabe, gracias a la gracia de Andalucía. No olvidéis que Sarmiento subrayó, en sus «Memorias para la historia de la poesía», como este nuevo gusto poético volvió, desde Cataluña, «a las Castillas y Andalucía, de donde había salido».

Y si, como preludeo renacentista, se inician, lo pastoril no podía faltar en ello. Lo pastoril, en la Historia de la Cultura, muestra dos manifestaciones claramente diferenciadas: la Bíblica, que destaca sobre la de todas las culturas precristianas por su fuerza, por su belleza y su sentido de anticipación mesiánica, cuya honda plenitud se encontrará luego, en el Evangelio, no ya como símbolo, sino como realidad y referencia exacta a un quehacer sacerdotal en el que lo pastoril se eleva a pastoral y queda trascendido y elevado al rango último de una misión propiamente pastoral, y esa otra manifestación simplemente poética, o mística, en la que el pastor aparece como figura humana en el paisaje donde el hombre herido por el paso inexorable del tiempo, rezumante de melancolía, de una melancolía determinada por la afanosa búsqueda de una realidad superior y suficiente para trascender con ella sus propias limitaciones, su inquietud y su sed, y hallar así la armonía interior que busca el ser humano siempre, un día y otro.



El Ilmo. Sr. D. Manuel Jiménez Quílez, director general de Prensa, durante su discurso en la Fiesta de la Poesía

El hombre sabe que hay una armonía cósmica y oscuramente intuye que su síntesis está en la belleza, dentro y, al mismo tiempo, fuera de él, en el paisaje. Por eso pretende, en el paisaje, «separarse» para lograr una pasiva actividad contemplativa donde la belleza que le circunda pueda «recogerle» hacia la Belleza total a que aspira, por y a través del amor. El bucolismo, en las culturas precristianas, y luego, con el Renacimiento, es esto.

Pero el bucolismo, en Europa, y en el mundo ya cristiano, va a tomar una raíz nueva que ha de enriquecerle insospechadamente: la mujer. La mujer, desde el cristianismo, se integra al paisaje, a todo lo que es objetivo del hombre, como símbolo que recoge en sí misma todo ese despliegue, todo el paisaje interior, en busca del ideal de belleza, que la cultura greco-latina había delimitado y definido. Recordad la síntesis mejor que la poesía haya podido hacer, en toda la historia de la cultura, con aquellos versos «por dar a la caza alcance», de San Juan de la Cruz.

«Pastores lo que fuerdes,
allá, por las majadas al otero,
si por ventura vierdes a Aquel que yo mas quiero
decidle que adolezco, peno y muero».

* * *

Nadie duda hoy de que los Juegos Florales encarnan esa apoteosis, esa abstracción última, como homenaje a la Belleza. Pero yo pienso, ahora, realmente ejemplarizado, que vosotros habeis ido más lejos aún: habeis convocado un homenaje, una fiesta de poesía, porque con la poesía se limpia y transparenta mejor la sencillez elemental del hombre, para celebrar la belleza de una acción específicamente pastoril, y, con ella, la belleza del dolor, de una conducta estremece-doramente humana y, por humana, conmovedora, heroica y bellísima; una acción verificada aquí y determinada por vuestro paisaje mismo, por vuestra agua y vuestra tierra fecunda y maternal, tierna y bravía, y acogedora, capaz, prometedora y andaluza, *morena*, como las mujeres que asisten a esta fiesta, símbolo vuestro, del paisaje total de este Santo Reino que filialmente amais. Ellas representan, ahora y aquí,

todo cuanto esta tierra, cuanto este inmenso paisaje de olivas.

Campo, campo, campo.

Entre los olivos, los cortijos blancos.

Cuanto este inmenso paisaje de olivos, digo puede dar como ejemplaridad y marco donde realizar esa pasiva actividad contemplativa en la que el paisaje entra, con Petrarca, a enriquecer sucesivamente la cultura.

Y un paisaje que, como ha sido señalado es de una belleza difícil de entender, que no ha tenido cronista ni apenas poetas que cantaran la belleza de su ruina orográfica. El paisaje de las sierras humildes, horadadas por el agua y sometidas a contrastes de hielo y de fuego.

Pero desde Sannazzaro hasta Cervantes, lo pastoril es escenario sólo de refinadas aptitudes humanas. Se busca una armonización del hombre, en tanto la realidad de este humilde y abnegado oficio de pastor continúa ajena a la verdadera motivación humana que lo determina. España, país de pastores, históricamente vinculado, como ningún otro, acaso, a esta vieja actividad, la misma siempre, y tan esencial que ni siquiera admite cambios sustanciales, parece ser que reclama un género literario nuevo para potenciar suficientemente cuanto de heroico tiene el quehacer pastoril, cuanto de abnegación y renuncia hay en él.

Esto es lo que habeis hecho vosotros, esta es vuestra aportación, merecedora de una apoteosis como la que estais celebrando. Vosotros habeis dado lugar a ello con la noticia más bella y dolorosa que acaso se haya producido en vuestro paisaje, en un momento dramático para Jaén, cuando las pasadas inundaciones que anegaron el Santo Reino. Fué Jaén quien transmitió aquella información estremecedora, involvidable y perfecta. Fué aquella noticia la que nos hacía caer en la cuenta de que lo pastoril exige una comunicación literaria distinta: real, testifical y objetiva, exenta de todo cuanto pueda restar fuerza y vigor humanos al hecho en sí, tal y como se nos comunica por la noticia. También esto es nuevo en nuestra tradición pastoril, y este enriquecimiento que recibe ahora, con vuestra aportación, a vosotros se os debe.

Porque Jaén dió al mundo la noticia de que en su paisaje un pastor de quince años de edad había cumplido su misión hasta dar la vida misma. Pienso que es por esto, por lo que me habeis designado a mí, como periodista, para tomar parte en esta fiesta de cultura, en

estos juegos poéticos —determinados, en realidad, por una noticia— con que quereis conmemorar la belleza que rezuma de vuestro pasado dolor, ejemplarizado y perpetuado ya en la hazaña del pastorcillo de Marmolejo. Y difundido, sencilla y puntualmente, mediante aquella breve y estremecedora información, publicada en el periódico JAEN el día 19 de febrero del año 1963 y cuyo texto dice así:

MARMOLEJO, 18.—En el lugar conocido por «Algo de Centenera», a ocho kilómetros de esta población, una tromba de agua, con motivo de las inmensas lluvias del actual temporal, sorprendió al joven de quince años, Ramiro Lara Calzadilla, pastor, que pereció. Se comenta en todo el pueblo la actitud de este pastor que por salvar la vida de un pequeño cordero, que llevaba entre sus brazos, perdió la suya. Su cadáver fué encontrado fuertemente abrazado al animal.

Ahí está el hecho escueto y punzante, en admirable prosa periodística, sencilla y clara. No cabe subrayarlo con el oropel de la grandilocuencia. No hay más que una actitud posible. La misma de la que fui venturosamente testigo. Andújar había quedado atrás. Un triste panorama de tierras anegadas se ofrecía a nuestros ojos. A la entrada de un puente, el coche en que viajaba el Jefe del Estado se detuvo unos instantes. Salió de él Franco sereno y señero, como siempre, padre de su pueblo en las horas de prueba. A mi lado José Solís le explicaba e informaba sobre lo ocurrido. Alguien se acercó al grupo llevando del brazo a un hombre humilde y entristecido.

—Es el padre del pastorcillo de Marmolejo —dijeron.

Todos le abrimos paso. El Caudillo, de espaldas, zbarcaba con su mirada un sucio paisaje de desolación y escuchaba las explicaciones que se le ofrecían. Y en tanto se esperaba la oportunidad de indicar a Su Excelencia quién era aquel hombre que deseaba estrechar su mano, el buen campesino se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Qué tratamiento debo darle?

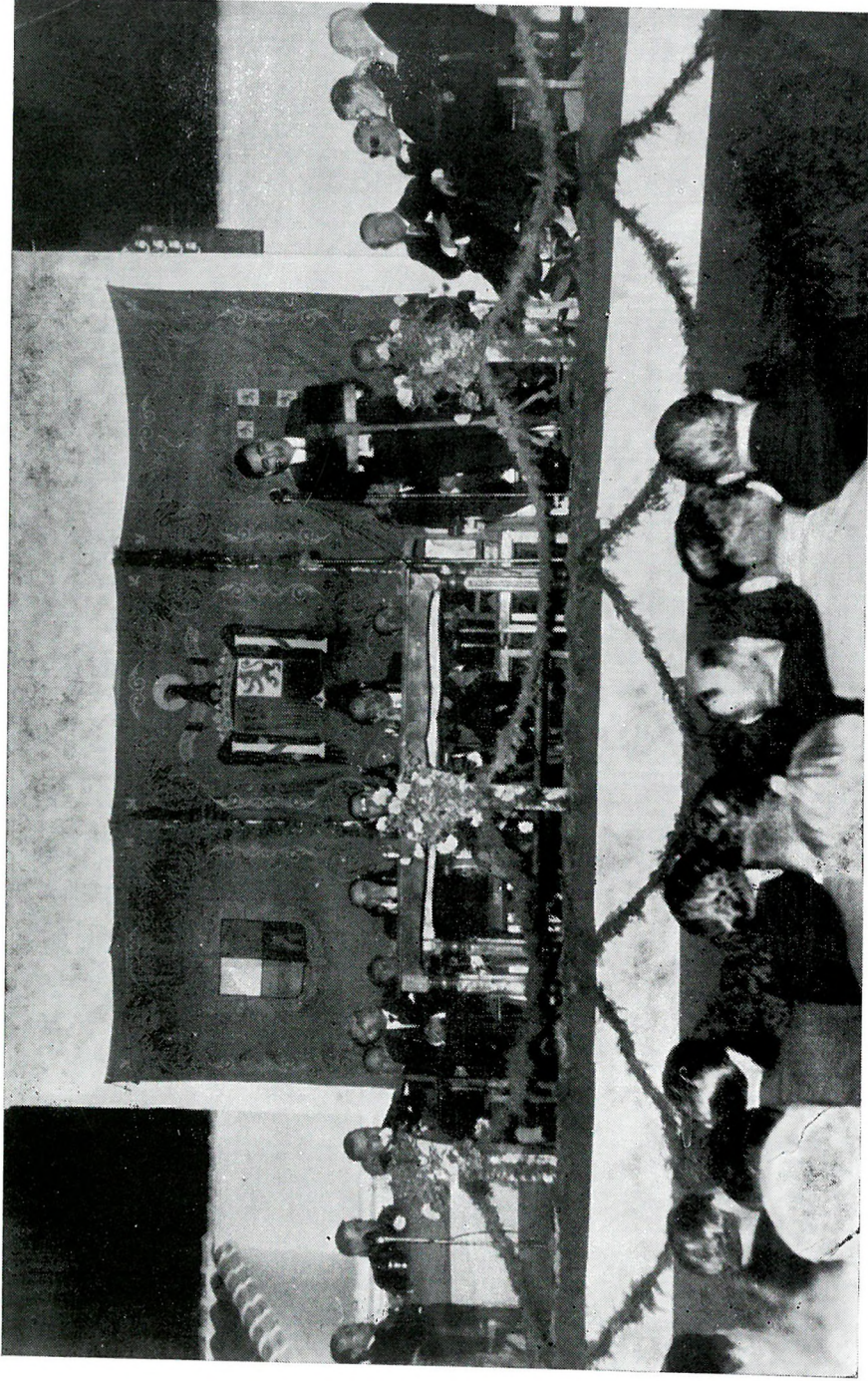
—No se preocupe de eso. Dele la mano y háblele con el corazón.

Franco se volvió, supo quien le saludaba, le estrechó con fuerza la mano, le miró a los ojos y no pudo reprimir su emoción. Nada le dijo porque ciertamente entonces como ahora sobran las palabras y los adjetivos suenan a falsos y a huecos ante un hecho de tan infi-

nita grandeza moral. El hidalgo se retiró en silencio. Era un hombre muy humilde, muy pobre sin duda. Pero todos nos descubrimos a su paso. ¡Era el padre del buen pastor de Marmolejo! Un grande de España, un hombre cuyo hijo nos ha legado el más alto y claro ejemplo de cómo debe entenderse el servicio y la misión que se confía: Cumplió su misión de buen pastor hasta dar la vida por ella.

«El buen pastor da su vida por sus ovejas. ¿Recordais el fragmento del Santo Evangelio según San Juan? Pero el mercenario y el que no es pastor vé venir el lobo y deja las ovejas y huye; y el lobo arrebatata y dispersa las ovejas, pero el mercenario huye porque es mercenario y no le interesan las ovejas. Yo soy —dice el Señor— el buen Pastor y pongo mi vida por mis ovejas...»

Ah si fuésemos capaces de seguir el ejemplo de vuestro buen Pastor, reflejo exacto de Aquel que pone su vida por sus ovejas. Ah si fuésemos capaces de entender así nuestra tarea de cada día: no servir como mercenarios e interesarnos hasta la vida por las ovejas de nuestra tarea, dar de lado al chismorreio, y al resentimiento y cuando la tromba de la desesperanza nos quiera arrastrar, o la del servicio a intereses bastardos, o surja el lobo casi invencible del egoísmo, ser capaces de lanzarnos para disputar el corderillo de la verdad, del desinterés, del servicio abnegado, del amor al prójimo que está a punto de ahogarse o de ser devorado. Pastorcillo de Marmolejo, ¡qué lección la tuya! No has dicho ni una palabra. Te lanzaste para salvar a tu cordero sin tener frente a tí al cameraman del noticiario cinematográfico que eternizara tu sentido del deber, es decir, no ha sido el tuyo un gesto falso destinado a la propaganda. Pero has dado a España y a la española manera, uno de los más altos ejemplos de conducta y has demostrado que en estos tiempos, en estos duros tiempos en que por doquier impera el yo, cuando todos pugnamos por participar en la general rebatiña del egoísmo, todavía los humildes de España atesoran riquezas incalculables de reciedumbre moral, riqueza excelsa que es mucho más necesaria, mucho más imprescindible, mucho más salvadora y auténtica que la perecedera de bienes materiales.



Un momento del acto de la Fiesta de la Poesía, en Marmolejo

Pienso ahora, que no sólo es vuestro paisaje merecedor de un hecho así, sino que únicamente un paisaje, un ambiente moral como el vuestro puede dar hombres como el pastor heroico de Marmolejo. Y es por esto por lo que estais, merecidamente en fiesta, porque esta es, sustancialmente, vuestra más honda y verdadera belleza. Habeis hecho una fiesta de exaltación de vuestros valores más esenciales y auténticos, de vuestra belleza, pero por un camino nuevo: el del dolor. Sois un pueblo maduro y esto es testimonio de la gran madurez de vuestra cultura. El dolor madura a la belleza misma: a la tierra y al paisaje. En el dolor y por el dolor se hace una madre, que es la síntesis única suprema y útil, de la Belleza y, por tanto, de lo verdadero y permanente. Y si con dolor se hace y tipifica un paisaje como el vuestro, bien podeis simbolizar en la belleza el buen pastor de Marmolejo irrepitable y prometedor de su gesto, no sólo vuestra esperanza, sino vuestro dolor, amigos, porque esta es, de veras, vuestra verdad total y, por ello mismo, vuestra belleza.

Permitidme, por ello, que rompa con la vieja fórmula oratoria de los Juegos Poéticos, puesto que vosotros habeis prescindido de algo que es ritual en ellos: la exaltación del «amor cortés», conforme a la donosa fórmula medieval que los estructura. Vosotros sabeis bien que no hay amor sin dolor y habeis elegido precisamente el término más humano y real de esa íntima relación en que el corazón del hombre consiste y madura, para polarizar esta motivación festiva en una participación donde el testimonio del pastorcillo de Marmolejo suponga una razón más para mantener el sentido comunitario que os mueve a lograr una convivencia mejor y más eficaz para vosotros.

Que esta exaltación, pues, y exaltación amorosa, de una conducta estremecedoramente cristiana, bella y envidiable, quede también como símbolo entre vosotros. Y sea claro símbolo para la juventud española, a la que hay que perservar de los males que la acechan. ¡Cómo suena en esta noche al amparo del nombre de Ramiro Lara Calzadilla eso de «teddy-boy»! Esta enseñanza al menos, me llevo yo, con vuestro recuerdo, y los nombres de vuestra geografía entrañada y entrañable, y sobre todo, el sentido nuevo que dais a esta vieja exaltación de la Poesía. Creo, al menos, que, lo que, como noticia, tienen y aportan estos «juegos», es, precisamente, ese «cambio» de sentido y hasta de

contenido que he señalado, y yo, como periodista, no puedo menos de tener presente aquello que cae dentro de mi ámbito profesional. Se canta lo que se pierde, decía don Antonio Machado, y esto ha hecho ya el poeta premiado con la flor natural. En nuestro menester, en cambio, no se canta, sino que se cuenta sólo lo que se vive, aquello que, conforme se vive, importa y es necesario para vivir y ordenar la vida política de un pueblo. Y lo que yo he vivido hoy, con vosotros, es esta inesperada novedad, esta estupenda noticia del buen pastor de Marmolejo, que he procurado contarla tal y como acaba de ser vivida y conocida por mí.

El salmista nos dice:

Alegraos, justos, en el Señor; a los rectos conviene la alabanza.